

Assises de la

35^{es} Traduction
à Arles LITTÉRAIRE

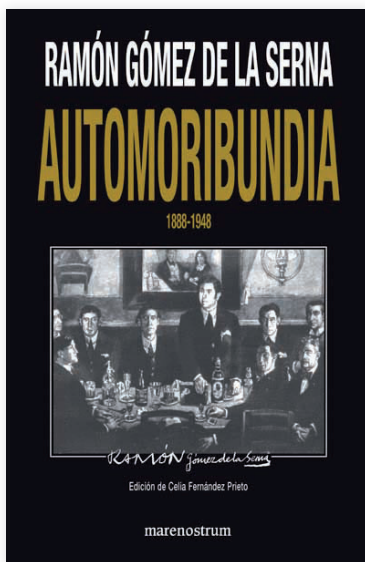
09-10-11 **NOV**
2018

Traduire le **TEMPS**

© Gilbert Garcin / Camera Obscura

Dimanche 11 novembre • 10h45 > 12h45

Espace Van Gogh



Atelier espagnol (Espagne) > français
animé par **Delphine Valentin**

Automoribundia 1888-1948 de Ramón Gómez de la Serna

À paraître aux éditions de la Table Ronde
Traduction : Catherine Vasseur
Révision : Delphine Valentin

NB : Les passages en gras sont à traduire

Prólogo

Titulo este libro “Automoribundia”, porque un libro de esta clase es más que nada la historia de cómo ha ido muriendo un hombre y más si se trata de un escritor al que se le va la vida más suicidamente al estar escribiendo sobre el mundo y sus aventuras.

En realidad, esta es la historia de un joven que se hizo viejo sin apercibirse de que sucedía eso, contando algo de lo que pasó o tuvo a su alrededor, y que le obligó a pensar en pensamientos independientes.

Va a ser ver vivir a una persona de cierto tiempo en medio de la torrentada de los tiempos que corren y que correrán.

[...]

Sólo me he propuesto al completar mi autobiografía dar el grito del alma, enterarme de que vivo y de que muero, despertar el eco para saber si tengo voz.

Muestro así una vida fuera de concurso, una vida sin pedantería ni ambición, entre de espectador, de transeúnte y de actor, una vida optimista y desgarradora, porque se la ve ir paso a paso hacia la muerte con la ingenua alegría de no ir. Sin embargo, aunque no haya cosa firme y duradera, la desesperación del escritor no debe derivar por mal camino político, y solo ha de ser un lirismo confidencial sin injustificados impulsos de destrucción.

Quiero que se vea a un hombre que no quiso ser amanerado, un simple mortal – lo cual es muy extravagante, porque apenas hay simple mortales – y que se salvó a todo ismo sin dejar de comprenderlos todos y de admirar muchos de ellos.

Haber llegado a la autobiografía no es nada bueno, porque supone que estamos de alguna manera al final, y ya hemos perdido la esperanza de ser otro, de no tener comienzo, y por

lo tanto, de no tener fin, ese milagro al que se aspira por el poder, por la gloria o por el amor.

Ahora veo que habiendo sido todo lento resulta compacto y vivido aprisa, pero el caso es probar que he vivido y cómo he vivido, pues el que pruebe mejor que vivió quedará más entre los vivos.

Capítulo I

Nací o me nacieron –que no sé cómo hay que decirlo– el día 3 de julio de 1888, a las siete y veinte minutos de la tarde, en Madrid, en la calle de las Rejas número 5, piso segundo.

¿Para qué ocultar la fecha de mi nacimiento? En otros conatos de autobiografía he mentado, pero ahora, al hacer la autobiografía definitiva, no quiero comenzar mintiendo, porque no quiero que se dude algún día de todo lo dicho. Quede desmentido el que nací el año 1891, resultando equivocados todos los horóscopos que me han hecho. ¡Y lo siento, porque eran optimistas los del 3 de julio de ese año!

Pero ¿para qué ocultar la verdad ante muertos que viven? – los muertos son muertos que han muerto al fin –. Antes creía que alguien podía vivir siempre, pero dentro de cien años todos calvos y, además, sin cuero cabelludo.

Enrejado ya en el mundo, lo primero que sentí fue la mano de mi madre buscándome entre la escarola de las finas sábanas de recién casada – yo era el primogénito –, como si yo me pudiese haber escapado.

Era un piso oscuro en una calle oscura, y como yo era el hijo de su luna de miel y aquella casa la casa elegida con cuidado para el torna boda – no hubo viaje –, he pensado que se debían querer mucho y sentirse muy felices cuando no les importó cuarto tan que

tenebroso. (No sé por qué me parece que yo estuve por nacer hijo de un guardabosques de la Casa de Campo, y hubo un trastrueque a esa hora con dulces sombras del verano madrileño, y él – el que fue hijo del guardabosques – pudo ser alma mía en casa de mi padre.)

Madrid se dora y se inflama siempre en ese día de julio en que yo nací como en inauguración festiva de un día ya metido en el fervoroso verano. Como recuerdo del primer 3 de julio que conocí, voy a escribir palabras atrevidas y precisas de mi subconsciencia.

“... En aquel momento el reloj del comedor acababa de dar una media. Todo el fondo de la casa estaba abandonado como durante los recibimientos del señor que vuela de viaje o como en la hora en que la muerte entra en la alcoba que está en la cabecera de la casa. Mi sofoco había llegado a ser tan irresistible, que hice el esfuerzo supremo y me deslicé en el mundo. ¡Qué ambiente más tibio!

“Lo primero que hice fue hacerme pi-pi en el terráqueo. (El mundo he comprendido después que se merecía aquel primer gesto de rebeldía.) Mientras hacía pi-pi me desperecé con esa graciosa desenvoltura del pato cuando sale de la caja del prestidigitador, donde también era inverosímil que estuviese. La luz me molestaba de tal modo los ojos que no quise abrirlos. La luz me escocía en todo el cuerpo, y hasta me deslumbraba los párpados traslúcidos. Un ruido numeroso, inundante y demasiado claro, me tenía excitado y ensordecido, un ruido como el que producen los carros cargados de latas de petróleo al pasar por las calles puntiagudas.

“Me lavaron, y sentí la ducha como un cataclismo. Sin embargo, me quedé mejor, aunque rendido, estirando la cabeza, los brazos y las piernas para desperezarme de haber estado encogido tanto tiempo. Tenía la encogedura terrible e inflexiblemente unida a mí, y no podía acabar de descogerme, aunque me retorció con deseos desesperados de desplegarme. ¡Pero es que hay que ver lo que son nueve meses, y algún día de retraso, de sobrecogimiento! ¡Es un

viaje de ocho horas, y le combea y le alabea a uno atrozmente, quedándonos como si se nos hubiesen viciado la cintura y las piernas con dobleces de hierro! ¡Es ese momento en que estamos metidos en un armario o en un baúl, mientras el marido de ella recoge las llaves que se había olvidado, y salimos de él dudando si nos podremos distender por completo!... Así que un viaje de nueve meses en un estrecho cajón y en diligencia desde París, ¡cómo no me habría chafado!

“A mi alrededor percibí cosas distintas: la alegría de que fuese varón y de que estuviese vivo y tuviese forma humana; el espacio que gravitaba sobre mí, amplio y satisfactorio. Todo yo era como una mirada sensible, que recogía cosas imprecisas, pero realmente cercanas a mí; sombras largas y difusas, sombras vagas, como esas que en el techo de la habitación que da a la calle se reproducen, se mueven, se cruzan, se difuminan y se suceden suavemente. Abrumado por la pesadez de la hora de la siesta, me dormí. Me dormí como esa ancha y blanda cama de los pueblos, que nos espera al final de los viajes, y en la que, después de habernos lavado para quitarnos todo el hollín recogido, se duerme un sueño reparador como él solo, un sueño en algo como el primer sueño.”